

# Discurso de Liechtenstein

Alexandr Soljenitsin

Traducción de Fabienne Bradu

Cada vez que llego al principado de Liechtenstein, me acuerdo con emoción de la excepcional lección de valentía que este minúsculo Estado y su querido príncipe, el ya fallecido Francisco José II, dieron al mundo en 1945: desafiando la implacable amenaza militar soviética, no vacilaron en acoger a un regimiento de anticomunistas rusos que buscaban escapar de la tiranía de Stalin.

Este ejemplo es tanto más significativo cuanto que, en el mismo momento, las grandes potencias democráticas que suscribían la Alianza atlántica —viva promesa de libertad para todos los oprimidos de la tierra— e intentaban ganarse la simpatía del victorioso Stalin, le entregaban la esclavitud incondicional de toda Europa del Este. También le entregaban a cientos de miles de ciudadanos soviéticos que, contra su propia voluntad, tuvieron que regresar a sus países de origen. Algunos prefirieron suicidarse. Nadie lo tomó en cuenta.

Con la punta de las bayonetas y una violencia infame, los arrojaron literalmente a las manos asesinas de Stalin, a las torturas de los campos de concentración y a la muerte. Si bien se consideraba legítimo que los soviéticos sacrificaran millones de vidas para la victoria común con Occidente, no lo era que los soviéticos aspiraran a la libertad después de finalizar la guerra. (Es por lo demás sorprendente que la prensa libre occidental haya contribuido a ocultar este crimen durante veinticinco años. Ni en esa época ni posteriormente, nadie denunció a los generales y comisarios británicos y americanos implicados en estos hechos de *criminales de guerra*; mucho menos se habló de enjuiciarlos.)

## POLÍTICA Y ÉTICA

Esta comparación entre la hazaña del pequeño Liechtenstein y la traición de las más grandes potencias nos conduce de inmediato a lo esencial: ¿cuál es el papel, la parte justificada y necesaria de la moral en política?

Erasmo concebía la política como una categoría moral y veía en ella la expresión de las aspiraciones éticas. Pero, por supuesto, esto sucedía en el siglo XVI.

Con el despertar de las Luces, hacia el final del siglo XVII, John Locke nos revela que el gobierno de los Estados no podría obedecer los preceptos de la moral. Los responsables políticos que nunca se dejaron desvelar por la moral —la Historia nos ha dado suficientes pruebas de ello— encontraron así otra justificación teórica. Entre los hombres de Estado, las aspiraciones morales siempre cedieron el paso a las ambiciones políticas, pero hoy sus decisiones tienen consecuencias de otra envergadura.

Los criterios morales que prevalecen entre los individuos, las familias, los círculos restringidos no pueden trasladarse mecánicamente al ámbito de los Estados y de los dirigentes

políticos. No existe tal adecuación: las escalas, la inercia y las tareas de los órganos del Estado implican cierta distorsión. Sin embargo, los Estados son administrados por personas comunes cuyos actos repercuten en otras personas comunes. Además, los desajustes que pueden observarse en el comportamiento político, a menudo son bastante ajenos a los imperativos del Estado. Así, lo que se le pide a los individuos —es decir, saber distinguir entre la honestidad, la bajeza y el fraude, entre la generosidad, la bondad, la avaricia y el mal—, también habría que exigírselo a los países, a los gobiernos, a los parlamentos y a los partidos.

En rigor, si la gestión de un Estado, de un partido, de una política no tuviera ninguna base moral, sería inútil hablar de un porvenir de la humanidad. La afirmación es válida en el sentido inverso: si un Estado rige su política, al igual que un individuo su comportamiento, fiándose de una brújula moral, no solamente su actitud se vuelve la más humana posible, sino que también representa, a largo plazo, la mejor garantía para sus respectivos desarrollos.

En el caso del pueblo ruso por ejemplo, este concepto entendido como un ideal y que expresan el término *verdad* (*pravda*) y la fórmula *vivir según la verdad* (*jit'po pravde*) nunca dejó de tener vigencia. Hasta en los sombríos años finales del siglo XIX, el filósofo ruso Vladimir Soloviev insistió en el estrecho lazo que unía moral y política, desde un punto de vista cristiano que quiere que la política sea un *servicio moral* y nada más: sometida a la sola búsqueda de *intereses*, está desprovista de toda validez en comparación con el cristianismo.



Por desgracia, en mi patria hoy estos valores morales están en desuso, mucho más que en Occidente. Y lo confieso: estoy en una posición de debilidad cuando formulo tales juicios.

En lo que fue la Unión Soviética, después de setenta años de espantosa coerción, en medio de una pobreza generalizada, la irrupción de una libertad de acción desenfrenada se manifestó en la mayoría de los casos mediante la adopción desvergonzada de los peores rasgos del comportamiento humano.

Se observará que, en este país, la aniquilación no cayó al azar sobre los individuos. Procuró eliminar a aquellos que poseían excepcionales cualidades morales y espirituales. Por esta razón, el panorama actual de Rusia es más sombrío y más bárbaro que el simple resultado de las imperfecciones inherentes a la naturaleza humana.

Pero dejemos de repartir la desgracia entre países y naciones: en la cercanía del fin del segundo milenio cristiano, nos toca compartirla entre todos. Por lo demás, ¿es tan fácil enarbolar este término de moral?

#### EL PRECEPTO DE BENTHAM

El siglo XVIII nos legó el precepto de Jeremy Bentham: lo moral es lo que satisface al mayor número posible de personas. El hombre no puede sino desear lo que favorece la preservación de su propia existencia. ¡Es asombroso el fervor con que el mundo civilizado abrazó este consejo tan cómodo y tan valioso!

Las relaciones de negocios están regidas por cálculos sin piedad y hasta se volvieron una norma aceptada por todos. Conceder lo que sea a un adversario o a un competidor equivale a un error imperdonable cuando se posee la ventaja de la posición, del poder o de la riqueza. Todo suceso, toda acción, toda intención acaba midiéndose en términos de conformidad con la ley. Es una manera de resistir a la inmoralidad, muchas veces con éxito, pero también en algunos casos el "realismo legalista" desemboca en una solución contraria a la que se buscaba.

Hay que congratularse de que sólo la sólida naturaleza humana no se deje embaucar por el legalismo. No se hunde en el letargo y la apatía espirituales frente a las desgracias de los demás. Muchos occidentales acomodados no vacilan en tratar de aliviar las desgracias y los sufrimientos lejanos con donaciones en especie o en dinero y sin escatimar a veces su compromiso personal.

#### PROGRESO ILIMITADO

El conocimiento y las capacidades humanas siguen perfeccionándose; este proceso no puede ni debe interrumpirse. Se aceleró en el siglo XVIII y se hizo así más visible. Anne Robert Turgot le dio el título muy elocuente de Progreso. Para él, al fundarse en el desarrollo económico, el Progreso habría de contribuir inevitablemente al refinamiento general de los comportamientos.

Esta garantía promisoriosa y ampliamente compartida se impuso hasta el punto de convertirse en una suerte de orgullo y una universal filosofía de la vida: estamos en el camino hacia el progreso. La humanidad culta le apostó con toda fe. Sin embargo, nadie se preocupó, de una manera u otra, por la

finalidad. Estamos de acuerdo: el progreso, pero, ¿en qué y de qué? ¿Acaso no se pierde algo en esta carrera por el Progreso? Se imaginaba con entusiasmo que todos los aspectos de la existencia y la humanidad misma resultarían profundamente transformados. Esta visión de intenso optimismo condujo a Marx, entre otros, a concluir que la Historia nos llevaría derecho a la justicia, sin la ayuda de Dios.

Con el tiempo, la carrera hacia adelante se cumple efectivamente e incluso supera de manera espectacular las expectativas, pero sólo atañe a la civilización tecnológica (bienestar material e innovación militar figuran entre sus mayores logros). Sin duda, el Progreso sigue realizándose pero con consecuencias que las generaciones anteriores no hubieran sido capaces de prever.

#### LA CRISIS DEL PROGRESO

El primer punto que se descuidó y que se redescubrió recientemente es que un Progreso ilimitado es incompatible con los recursos limitados del planeta: más que excederse en explotar la naturaleza, hay que preservarla; destruimos con maestría un medio ambiente que es también nuestro destino común. (Por fortuna, los países desarrollados fueron los primeros en llamar la atención sobre el hecho y en emprender operaciones de salvaguarda, aunque sean insuficientes. Uno de los efectos más positivos del desmoronamiento del comunismo es haber desmantelado la economía más enloquecida del mundo donde imperaba un despilfarrar sin límite que, sin embargo, seducía a tantas naciones.)

El segundo error consistió en creer en las virtudes anunciadas del Progreso. Pero la naturaleza humana no se pulió mucho bajo su efecto. Una sola cosa se le había escapado: el alma humana.

Dejamos que nuestras necesidades crecieran sin obstáculos. Ahora, en la confusión en la que estamos inmersos, ni siquiera sabemos hacia dónde orientarlas. Otras necesidades aparecen cada día gracias a la sugerencia benévola del sector comercial, y poco importa que sean totalmente artificiales. Nos arrojamos *masivamente* a esta carrera-búsqueda, sin sacar de ella la menor satisfacción que, por lo demás, no encontraremos nunca.

¿La continua acumulación de bienes? No trae ninguna realización. (Desde hace mucho tiempo, espíritus preclaros entendieron que la posesión no es un fin en sí mismo, que debía subordinarse a principios superiores, tener una justificación espiritual, una misión precisa. En caso contrario, como lo subrayó Nicolás Berdiziev, envenena la vida humana, despierta el resentimiento y se vuelve un instrumento de opresión.)

Las facilidades de transporte abrieron las puertas del mundo a los occidentales. El hombre moderno lo puede todo, salvo escapar de sus propios límites; los ojos de la televisión le permiten estar presente en todo el planeta, simultáneamente. Sin embargo, frente al ritmo espasmódico de este Progreso centrado en la técnica, frente a la información superficial, a los espectáculos fáciles que nos abruma, el alma no florece, al contrario, se estrecha y la vida espiritual se ahoga. Por lo tanto, nuestra cultura se va empobreciendo. Y el ruido con el que se celebran tantas novedades vacías no hace sino acentuar esta decadencia. En términos generales, el bienestar material crece mientras retrocede el desarrollo espiritual.

La abundancia introduce en el corazón una sorda tristeza, de la misma manera en que nadie se apacigua lanzándose a un torbellino de placeres sino que, muy pronto, se asfixia.

No, es imposible cifrar nuestras esperanzas en la ciencia, en la tecnología, en el crecimiento económico. La victoria de la civilización científica y técnica nos ha inyectado algo parecido a la inseguridad espiritual. Sus dones nos enriquecen pero también nos esclavizan. Todo se ha vuelto *intereses*, hasta nos obligan a cuidar los propios; todo se ha convertido en una lucha por los bienes materiales. Pero una voz interior nos dice que le hemos sacrificado algo puro, algo superior y frágil. Ya ni siquiera discernimos *el sentido, la finalidad* de nuestra existencia. Admitámoslo, tan sólo en voz baja y para nosotros mismos: atrapados en este movimiento vertiginoso, ¿para qué vivimos?

### LAS PREGUNTAS ETERNAS SUBSISTEN

Sólo depende de nosotros dejar de ver el Progreso (que nada ni nadie puede detener) como un caudal de beneficios ilimitados y comenzar a considerarlo como un regalo que nos viene de arriba y que somete nuestro libre albedrío a la más difícil de las pruebas.

Por ejemplo, el teléfono y la televisión utilizados sin moderación despedazaron el tiempo, arrancándonos del curso natural de la existencia. Una mayor esperanza de vida tuvo entre otras consecuencias la de transformar a los ancianos en una carga para sus hijos; los condenó a un fin solitario y el abandono por parte de sus prójimos. Les prohibió la alegría de transmitir su experiencia a los más jóvenes.

Asimismo se rompieron los lazos horizontales entre los individuos. La aparente efervescencia de la vida política y social se traduce por una enajenación y una apatía individual más marcada con respecto a los demás. El ansia de bienes materiales no trae sino una mayor soledad (esto fue, por lo demás, lo que desencadenó el grito del existencialismo).

No debemos perdernos pura y simplemente en el flujo mecánico del Progreso, sino procurar ponerlo al servicio de los intereses del espíritu humano. No podemos volvernos sus juguetes: hay que encontrar los medios para que sirva al cumplimiento del bien.

El Progreso se concibió como una línea recta, radiante y continua; con el paso del tiempo, se antoja más bien una curva, compleja y retorcida. Una vez más nos regresó a las mismas y eternas preguntas de antes, con la diferencia de que antaño un ser humano menos desestabilizado, menos aislado, podía enfrentarlas más fácilmente.

Perdimos la armonía con la que fuimos credos, la armonía interior entre nuestro ser físico y nuestro ser espiritual. Perdimos esta claridad de espíritu que era nuestra cuando los conceptos del Bien y del Mal no se habían vuelto aún temas irrisorios, descalificados por el pretexto de que se reparten por partes iguales.

Y nada expresa mejor nuestra impotencia mental, nuestro desamparo intelectual como la imposibilidad actual de considerar la *muerte* con serenidad. Cuanto mayor es nuestro bienestar, tanto más honda es la angustia helada de la muerte que habita al hombre moderno. Este miedo colectivo que los antiguos no conocían, nació con nuestra existencia agitada, insaciable y trepidante. Aunque sea el único ser viviente

dotado de una conciencia, el hombre ya no se ve a sí mismo como un punto limitado en el seno del Universo. Se considera como el centro de todo, y adapta el mundo a su conveniencia en lugar de adaptarse a él. Por lo tanto, es comprensible que la idea de la muerte se le haya vuelto insostenible, puesto que significa la repentina desaparición de todo el Universo. Al negarnos a aceptar un Poder superior e inmutable que nos supera, llenamos el vacío con imperativos personales y, de pronto, nuestra vida se tornó aterradora.

### DESPUÉS DE LA GUERRA FRÍA

Para cada uno de nosotros, la mitad del siglo XX evoca la amenaza nuclear, una amenaza que desafiaba los límites de lo imaginable. Aparentemente, también enmascaraba los defectos de la vida. Todo lo demás carecía de importancia: si de todas maneras estamos perdidos, entonces ¿por qué no vivir como nos plazca? Esta gran amenaza sirvió al mismo tiempo para poner un freno al desarrollo del espíritu humano y para postergar toda reflexión sobre el sentido de la existencia.

No obstante y paradójicamente, este mismo peligro alcanzó a dar a las sociedades occidentales una especie de sentido unificador: resistir a la amenaza mortal del comunismo. Pero era difícil que cada quien cobrara conciencia de esto y no todos los países occidentales mostraron una misma firmeza al respecto: abundaban los espíritus timoratos e ignorantes que intentaban modificar su posición. En todo caso, Occidente se salvó gracias a la presencia de hombres responsables a la cabeza de sus gobiernos. Esto le permitió ganar la victoria en Berlín, en Corea, asegurar la sobrevivencia de Grecia y de Portugal. (En un momento, sin embargo, los dirigentes comunistas hubieran podido dar un golpe decisivo, probablemente sin recurrir a la guerra nuclear. Quizá, sólo el hedonismo de tiranos decrepitos aplazó el plan, arruinado por el presidente Reagan y el desafío de su nueva carrera enloquecida por el armamento, imposible de rematar.)

Así, al final del siglo XX, estallaron una serie de acontecimientos que esperaban un gran número de mis compatriotas. En cambio, la opinión occidental se sorprendió: el comunismo se desmoronaba a causa de la falta de viabilidad inherente al sistema, pero también bajo el peso de los errores acumulados. Fue un naufragio de una rapidez inimaginable que afectó simultáneamente a una docena de países. La amenaza nuclear ya no existía.

¿Entonces? Durante unos meses, una ola de alivio, de alegría recorrió el mundo (por supuesto, algunos lamentaron el fin de la Utopía terrenal, del Paraíso socialista en la Tierra). Luego, esta ola se rompió, pero el planeta no recobró la calma. Al contrario, los estallidos, las explosiones se multiplicaban con un ritmo acelerado. La pacificación recaería en manos de las fuerzas de la ONU tan difíciles de reunir.

Por lo demás, el comunismo está lejos de haber desaparecido en los territorios de la ex URSS. En algunas repúblicas sus estructuras institucionales han sobrevivido íntegramente; en todas partes, millones de sus antiguos cuadros están a la espera y sus raíces siguen arraigadas en la conciencia y en la vida cotidiana de la gente. Simultáneamente, horribles úlceras —su novedad no cambia nada— aparecieron después de años de sufrimiento: este capitalismo naciente, portador de comportamientos improductivos, salvajes, repugnantes, el

saqueo de las riquezas de la nación que ocasiona —algo que Occidente nunca había conocido. Así es como el pueblo indefenso, mal preparado, acaba cultivando la nostalgia de "la igualdad en la pobreza".

Si bien naufragó el ideal terrenal del socialismo —comunismo, los problemas que pretendía resolver siguen existiendo: el abuso cínico de las posiciones sociales y el poder desmesurado del dinero que, las más de las veces, determinan el verdadero curso de los acontecimientos. Si la lección universal del siglo XX no nos vacuna definitivamente, la tempestad roja puede volver a levantarse.

La guerra fría ha terminado, pero los problemas de la vida moderna resultan infinitamente más complejos que los que hasta ahora habían en el esquema de dos dimensiones en la política. Se han acentuado la antigua crisis del sentido de la existencia y la reiterada cuestión del vacío espiritual (descuidado en los tiempos de la amenaza nuclear, resurge más apremiante). Mientras lo nuclear imponía el equilibrio por el terror, este vacío se disimulaba en parte gracias a la ilusión efímera de una estabilidad planetaria. Ahora, la antigua e implacable pregunta resurge a la luz del día: ¿cuál es nuestro destino?

#### EN LA FRONTERA DEL SIGLO XXI

Nos acercamos ahora a una frontera simbólica entre los siglos, incluso entre los milenios: menos de ocho años nos separan de este salto capital que, a causa de la impaciencia de los tiempos modernos, será proclamado con un año de anticipación, sin siquiera esperar el año 2001.

¿Quién entre nosotros no espera con exaltación y un germen de esperanza alcanzar esta meta solemne? Muchos saludaron así el nacimiento del siglo XX, como el reino de la elevada razón, sin imaginar los horrores caníbales que habría de traer. Quizá, sólo Dostoievski previó la llegada del totalitarismo.



El siglo XX no significa ningún adelanto moral de la especie humana. Es más, fue el teatro de exterminaciones sin precedente, de una anemia sobrecohedora de la cultura, de una decadencia del espíritu humano. (El siglo anterior sin duda tuvo su gran parte de responsabilidad en el asunto.) Entonces, ¿por qué esperar que el siglo XXI, dotado de un arsenal militar hipersofisticado y desplegado por doquier, sea mejor para nosotros?

Hay la destrucción del medio ambiente. Y la explosión demográfica planetaria. Y el problema gigantesco del tercer mundo que seguimos llamando así por lealtad con antiguas clasificaciones ahora caducas. Hoy representa las cuatro quintas partes del género humano y, dentro de poco, las cinco sextas, volviéndose así el componente esencial del siglo XXI. Asfixiado por la miseria y la pobreza, pronto presentará a las naciones desarrolladas un pliego petitorio cada vez más largo. (Tales ideas ya circulaban en los albores del comunismo soviético. Poco se sabe que en 1921 Sultan Galiev, un comunista y nacionalista tártaro, pedía la creación de una Internacional de las naciones colonizadas o semicolonizadas y planteaba su dictadura sobre los países desarrollados). Hoy en día, con el creciente flujo de refugiados que cruzan las fronteras europeas, es difícil que Occidente no se perciba a sí mismo como una especie de fortaleza: todavía segura pero, a la larga, una fortaleza sitiada.

En adelante, la creciente crisis ecológica puede acarrear una modificación de las zonas climáticas y una escasez de agua dulce y de tierras cultivables, allí donde antes abundaban. Esto puede ocasionar, a su vez, el surgimiento de nuevos conflictos en el planeta, guerras de sobrevivencia.

Así, en un equilibrio precario, Occidente debe barajar preguntas complejas: respetar el valioso pluralismo de culturas y su legítima búsqueda de soluciones sociales distintas y, al mismo tiempo, no perder de vista sus propios valores tan difícilmente adquiridos, la estabilidad —única en la Historia— de su vida cívica, bajo el imperio del derecho que garantiza a cada ciudadano su autonomía y el lugar que ocupa en la nación.

#### AUTOLIMITACIÓN

Ya es hora de poner límites a nuestros deseos. Es difícil llegar solo al sacrificio y a la renuncia porque, tanto en nuestra vida privada como en la pública y en política, hace tiempo que tiramos la llave dorada de la moderación al fondo del océano. Pero la autolimitación es la acción primordial y más sabia para todo hombre que accedió a la libertad. Para aquellos que la buscan, también es la vía más segura.

Más valdría no esperar la presión de los acontecimientos exteriores, su eventual estallido: debemos adoptar una actitud de conciliación, de prudente contención, y aprender así a aceptar el curso inevitable de las cosas.

Sólo nuestra conciencia y la de nuestros prójimos conocen nuestras desobediencias personales a esta regla. Pero, en el caso de un Estado o de los partidos, todas las desviaciones que cometen están expuestas a la mirada pública.

Durante una conferencia para la salvaguardia del medio ambiente y de la atmósfera, una superpotencia que, por sí sola, engulle la mitad de los recursos disponibles en el mundo y lo contamina en la misma proporción, insiste en limitar el alcance de un acuerdo internacional entre los más sensatos,

en nombre de sus intereses inmediatos, como si no tuviera que vivir en el mismo planeta. Después resulta que otros países influyentes escamotean y hasta se niegan a considerar exigencias modestas. Así, en virtud de la competencia económica, nos envenenamos a nosotros mismos.

Paralelamente, el desmantelamiento de la URSS y de todas las fronteras ilusorias diseñadas por Lenin, ofrece llamativos ejemplos de Estados apenas salidos de los limbos e impacientes de adornarse con los atributos de una gran potencia. Se lanzan a ocupar territorios con los que no conservan ningún lazo, ni histórico ni étnico, territorios que albergan a miles y hasta a millones de personas de distintos orígenes, sin pensar en el porvenir, olvidándose de la prudencia y de que *tomar* no trae nada bueno para nadie.

Si los grupos, las profesiones, los partidos e incluso los Estados aplicaran el principio de autolimitación, es cierto que surgirían muchas preguntas espinosas cuyo número sería superior a las soluciones ya encontradas. Sacrificios y renuncia a esta escala traerían repercusiones en muchísimos individuos que no están preparados o que simplemente se niegan a aceptar esta perspectiva. (Así, la decisión individual de un simple consumidor tendría cierto impacto en los productores.)

No obstante, si no aprendemos a restringir firmemente nuestros deseos y exigencias, a subordinar nuestros intereses a los criterios morales, la humanidad acabará por desgarrarse a sí misma, porque los peores aspectos de la naturaleza humana no tardarán en enseñar el cobre.

Diversos pensadores lo subrayaron reiteradamente (y sólo cito las palabras del filósofo ruso del siglo XX Nicolás Loski): si una personalidad no se orienta hacia valores más elevados que la sola preocupación por sí misma, inevitablemente triunfan la corrupción y la decadencia. O, si me permiten una formulación personal: sólo existe una manera de sentir una verdadera satisfacción espiritual: no en la apropiación, sino en la negación de la apropiación, es decir, en la autolimitación.

Actualmente, la mayoría de la gente encuentra esta idea

francamente inaceptable, esclavizadora y hasta repulsiva porque, a lo largo de los siglos, se nos ha vuelto totalmente ajena una regla de vida hecha de desprendimiento que era la de nuestros ancestros. Ellos padecían condiciones exteriores mucho más difíciles pero, al mismo tiempo, el abanico de sus perspectivas eran infinitamente más reducido. Hasta el siglo XX, la humanidad vuelve a confrontarse con este principio de capital importancia. Incluso si se toman en cuenta todos los lazos que en todas las direcciones se tejen en las sociedades contemporáneas, sólo mediante la autorrestricción, poco a poco y con dificultad, lograremos curarnos tanto de la vida política como de la vida económica.

Hoy pocas personas estarían dispuestas a hacerlo. Sin embargo, frente a las condiciones cada vez más complejas de la modernidad, limitarnos a nosotros mismos es la única vía para la preservación de todos. Esto nos ayudará a recobrar la conciencia de lo Divino que está allí, arriba de nosotros, así como a recobrar un sentimiento perdido: la humildad ante Él.

Sólo puede haber un verdadero Progreso: es la suma de los progresos espirituales realizados por los individuos. El grado de su perfeccionamiento moral a lo largo de su vida. Hace poco nos divertimos con una fábula ingenua que anunciaba "el fin de la Historia", triunfo desbordante de la democracia satisfecha de sí misma: se había logrado una forma definitiva de organización mundial.

Pero, todos vemos, todos sentimos que algo muy diferente está por llegar, algo nuevo, una exigencia mucho más severa. No, la tranquilidad no está deparada a nuestro planeta y no nos será otorgada tan fácilmente.

Tampoco cabe duda que no habremos atravesado en vano las pruebas del siglo XX. No hay que perder la esperanza: nuestro carácter se forjó en ella y esta firmeza será, de una manera u otra, la herencia que legaremos a las futuras generaciones. □

© Alexandr Solyentsin

